

ahora todas vuestras atenciones; vos la prometisteis que siempre permanecería en ella incorrupta la fe de vuestro Hijo: hasta la hora presente vuestras promesas se han verificado. ¿Pero se verificarán igualmente en lo sucesivo? Si miramos á la depravacion de las costumbres que se ha hecho universal; si se atiende á la relajacion de todos los estados y jerarquías de la Iglesia; si se consideran bien los progresos que por todas partes hace el error, no se puede dudar que no encuentra el entendimiento humano sino multiplicadas causas de temer. Tanto pecado, tanta maldad y tanto delito tienen la fuerza suficiente para suspender el curso á vuestras promesas; pero espero que sin embargo no le tendingán para impedir el de vuestras misericordias y piedades

DIA XIII.

MARTIROLOGIO.

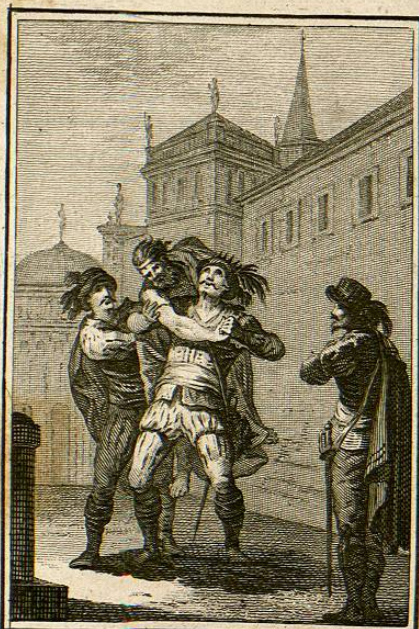
SAN EDUARDO, rey, en Inglaterra, el cual murió á 5 de enero; celébrase su fiesta en este dia en que fué trasladado su cuerpo. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN CARPO, discípulo de S. Pablo, apóstol, en Troade (ó Troas), ciudad del Asia menor. (El mismo santo apóstol le consagró despues obispo de Troas, y estuvo hospedado en su casa segun se infiere de la Carta 2.^a á Timoteo, cap. 4, vers. 13, en la cual dice lo siguiente: «Tráete contigo á la venida el capote que dejé en Troas en casa de Carpo, y los libros, y mayormente los pergaminos.» Los griegos le tienen por otro de los discípulos del Señor, y probablemente es el mismo en cuya casa estando S. Pablo resucitó al jóven que cayó de la ventana. (*Actos. xx. 10.*) Galesinio dice que sus contemporáneos le dieron el título de *Miel ática*. S. Dionisio el Areopagita hace de él extraordinario elogio en su carta á Demófilo. Segun cierto escritor antiguo, murió en santa paz á últimos del siglo I.)

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES FAUSTO, JANUARIO ó GENARO, y MARCIAL, en Córdoba en España; los cuales primero fueron atormentados en el caballete, despues les arrancaron los dientes y les cortaron las cejas, las orejas y las narices; y al fin consumaron el martirio siendo quemados. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN FLORENCIO, mártir, en Tesalónica; el cual despues de haber padecido muchos tormentos, le quemaron (por fin en un horno encendido.)

SAN COLMANO ó COLMAN, mártir, en Austria. (Era escocés de nacion y de sangre real. Habiendo padecido cruel muerte en la ciudad de Stockeraw, á seis leguas de Viena, de paso para los lugares santos, y en vista de los milagros que obró el Señor por su intercesion, la Ale-



S. EDUARDO III,
REY DE INGLATERRA, C.

mania lo tomó por patron, y dedicó muchas iglesias en honor suyo.)
EL MARTIRIO DE SIETE SANTOS RELIGIOSOS DE LA ÓRDEN DE MENORES, DANIEL, SAMUEL, ANGEL, DOMNO (ó DONULO), LEON, NICOLÁS Y UGOLINO, en Ceuta ciudad de Berberia; los cuales porque predicaban el Evangelio y confutaban la secta de Mahoma, padecieron de parte de los sarracenos afrentas, cárceles y azotes; y al cabo siendo degollados alcanzaron la palma del martirio. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN TEÓFILO, obispo, en Antioquia; el sexto que gobernó aquella Iglesia despues del apóstol S. Pedro. (Escribió varios tratados en defensa de la religion: murió imperando Cómodo, por los años 186.)

SAN VENANCIO, abad y confesor, en Tours.

SANTA CHELIDONIA, ó CELIDONIA, vírgen, en Subiaco en la campaña de Roma. (Su cuerpo fué colocado en la iglesia de Sta. Escolastica.)

En el Calendario del Principado de Cataluña se hace hoy conmemoracion de S. GERARDO, abad, cuya historia se lee en las del dia 3 de este mes, conforme al Martirologio romano.

SAN EDUARDO, REY DE INGLATERRA, CONFESOR.

SAN Eduardo, tercero de este nombre, rey de Inglaterra, llamado *el Confesor* ó *el Piadoso*, cuya santidad añadió tanto esplendor á la majestad del trono, nació al mundo hácia el principio del siglo XI. Fué sobrino de un santo rey mártir y de su mismo nombre; hijo de Ethelredo y de Ema, hija de Ricardo, duque de Normandía. Por una singular y bien extraordinaria eleccion de la divina Providencia fué jurado rey de Inglaterra estando aun en el vientre de su madre, en perjuicio del príncipe Edmundo, su medio hermano, primogénito del primer matrimonio, y de su hermano entero el príncipe Alfredo, que también lo era del segundo. Juntos en cortes todos los estados del reino, previendo ya la próxima irrupcion y aun inundacion de los daneses que amenazaban á Inglaterra, convinieron en reconocer por heredero presuntivo de la corona al infante que la reina traía en sus entrañas; juráronle fidelidad, y antes de haber nacido le prestaron la obediencia, obligándose á reconocerle por su legítimo soberano. Luego que salió á la luz del mundo se vió precisado á refugiarse en Normandía con toda la familia real para evitar el furor de los daneses.

Todo el tiempo que duró la educacion que se le dió en aquel destierro se observó que con la inocencia de las costumbres iba creciendo en el tierno príncipe el horror al vicio y el amor á la virtud, aun antes de tener edad para conocer su mérito y su va-

lor. A la apacibilidad de su natural, que era verdaderamente admirable, juntaba tan extraordinaria pureza, que parecía sobrenatural, mereciéndole desde luego el renombre del ángel de la corte. Causábale horror, y sin libertad le hacía huir cualquiera palabra, el menor objeto, que ni aun levisimamente lastimase esta delicada virtud; y en una edad que los demás niños solo hallan gusto en sus pueriles inocentes enredos, al tierno príncipe nada le divertía sino la oración y otros ejercicios de piedad. Siempre le parecía corto el tiempo que gastaba en la iglesia, y no había para él gusto ni consuelo igual como asistir al santo sacrificio de la misa. Siendo tan enemigo de todos los entretenimientos que suelen divertir á los demás príncipes niños, toda su diversion y todo su recreo, en concluyendo con las horas del estudio y con sus devociones, era ir á pasar algunos ratos en un monasterio, observándose que se arrimaba mas y hacia mayores agasajos á los monges mas religiosos, mas modestos y mas santos.

Murió en este tiempo su padre, y quitó la vida á sus dos hermanos la barbaridad de los daneses y el artificio de Godubin, uno de los principales señores de Inglaterra, que todo lo llenaban de fuego y sangre; por lo que se halló Eduardo único heredero del reino, usurpado y asolado por los dinamarqueses. Estaban despojadas las iglesias, arruinados los monasterios, y solo se veía en el desgraciado reino una general disolución. Vivía en tiempo de estas calamidades públicas retirado en cierto monasterio un santo obispo llamado Brithualdo llorando amargamente los pecados de su nación, cuando tuvo un sueño que le llenó de consuelo. Parecióle que veía al apóstol S. Pedro que ungía por rey al jóven príncipe Eduardo, estando éste á sus pies, y que le pronosticaba reinar en paz, siendo la felicidad de sus vasallos, á quienes había castigado Dios con aquella inundación de bárbaros.

Iba mientras tanto creciendo el príncipe en edad, en sabiduría y en prudencia, siendo la admiración de la corte su modestia, su agrado, su dulzura y su apacibilidad. Dijéronle un día sus cortesanos que no podría abrirse camino para el trono sino á punta de espada; á que respondió prontamente, que nunca admitiría corona alguna que costase ni una sola gota de sangre.

Subió, en fin, al trono de su padre, después de la muerte del usurpador Canuto y de sus hijos, restituyendo luego á sus estados la antigua felicidad que habían desterrado de ellos tantas turbaciones. Ante todas cosas reparó las iglesias que los enemigos habían saqueado ó arruinado, edificó otras nuevas, fundó muchos

monasterios y mandó se restituyesen las posesiones usurpadas á los que ya estaban fundados, siendo dictamen suyo, que el medio mas seguro para que floreciese el estado era hacer que floreciese la religion; por lo que solia decir, que el bien público de la monarquía estaba inseparablemente ligado al mayor bien de la Iglesia.

Pero como la guerra no solo había desolado las provincias, sino tambien corrompido las costumbres, dedicó toda su aplicación á reformar los abusos, á poner orden en todas las cosas, y á procurar que renaciese en todas partes y en todas materias la justicia y la buena fe. Con estas providencias al mismo tiempo que logró la estimación de sus vasallos, les ganó tambien los corazones. No hubo rey mas amado, ni príncipe que mereciese mejor el nombre de padre. Nunca manifestaron mas los pueblos el amor que le profesaban que en el día de su consagración, que fué el de Pascua del año de 1043. Fué universal la alegría, y nunca tuvieron fin los votos que ofreció al cielo toda la nación para que le conservase un príncipe tan bueno.

Movidos todos los grandes del reino del deseo de ver perpetuadas en una larga sucesión las ilustres virtudes de un monarca que era las delicias de Inglaterra, le apuraban para que se casase, con el piadoso fin de lograr un sucesor á la corona que fuese descendiente de tan santo rey; porque ignoraban que éste había hecho voto de perpetua castidad. Lleno Eduardo de confianza en el Señor y en la particular protección de la santísima Virgen, á quien honró y amó toda la vida como á su querida madre, quiso dar este consuelo á sus vasallos, sin faltar á la fidelidad que debía á Dios. Habíale destinado el cielo una esposa con todas las prendas dignas de una gran reina, la cual desde su infancia había resuelto conservar su virginidad, prefiriendo el augusto título de esposa de Jesucristo al de madre de uno de los mayores reyes de la tierra. Era esta ilustre princesa Editha, hija del conde Godubin, el señor mas poderoso y mas rico de Inglaterra. Informado Eduardo de su rara virtud, consintió en casarse con ella, y se celebró la boda con alegría universal de los pueblos y con magnificencia verdaderamente real. No vió el mundo mas dichoso ni mas santo matrimonio. Había confiado el rey á la reina anticipadamente el voto que tenía hecho; y la reina le ganó el corazón haciéndole tambien reciproca confianza del que ella había ofrecido al Esposo de las vírgenes; de manera que los dos castos esposos conservaron en medio de la corte y entre las licencias del matrimonio, que fácilmente pudieron obtener, aquella preciosa delicada flor que se aja hasta en la

soledad y aun en el sombrío retiro del mas horroroso desierto.

No podia menos de ver á Dios en la tierra un corazon tan puro; insigne favor que le dispensó el Señor mas de una vez. El amor á Cristo sacramentado correspondia á la viva fe que le animaba. Todos los dias gastaba muchas horas delante del Santísimo Sacramento, derramando su corazon en presencia de su Dios con tiernas y copiosas lágrimas; siendo tan grande su respeto, su devocion y su compostura en el templo, que avivaba la fe en todos los cortesanos. Asistiendo un dia al santo sacrificio de la misa, vió con los ojos corporales á Jesucristo en forma humana al tiempo que se elevaba la hostia, y su estática suspension, su rostro inflamado, sus ojos inmoviblemente fijos en el divino objeto, sus dulces lágrimas y el gozo de que se manifestaba inundado, dieron á conocer no una vez sola á los circunstantes el favor con que el cielo le regalaba.

Dotóle tambien con el don de profecia; y estando oyendo misa en cierta ocasion, vió desde allí la muerte del rey de Dinamarca, con la total pérdida de su armada naval en que venia para hacer un desembarco en Inglaterra. Notaron los circunstantes que se quedó repentinamente como pasmado y atónito, derramando muchas lágrimas. Acabada la misa, se tomaron algunos grandes la respetuosa confianza de preguntarle qué significaba aquella novedad, y él los refirió sencillamente el funesto suceso de los daneses y de su armada; noticia que se confirmó poco tiempo despues, quedando todos convencidos de que Dios le habia revelado el fracaso en el mismo punto en que estaba sucediendo.

Ganó el corazon de todos con su dulzura y con su afabilidad; al mismo tiempo que su encendida caridad con todos los necesitados le mereció el glorioso título de tutor de huérfanos y padre de pobres. Despues de dar audiencia horas enteras á todos los que se presentaban, y de asistir á las del despacho en el gabinete con sus ministros, ocupaba las demás en obras de misericordia, y la mayor parte de la noche en oracion. Encontró un dia en la calle á un pobre paralítico, cargóle en sus reales hombros y le llevó á la iglesia adonde el enfermo iba arrastrando. Premió Dios en el mismo instante un acto tan heroico de caridad; porque el paralítico quedó sano en aquel punto, y publicó en todas partes un milagro tan visible que pretendia ocultar la humildad del santo rey. En otra ocasion dió tambien una ilustre prueba de aquel su inagotable fondo de caridad, de mansedumbre y de dulzura. Su tesorero general dejó un dia abierto el tesoro por inadvertencia; y cierto oficial, sin reparar que el rey le estaba viendo, se aprovechó de la ocasion, y hurtó una cantidad considerable. No

le habló palabra el santo rey; pero volviendo el tesorero y reconociendo el robo, suplicó á su majestad se sirviese mandar hacer una exacta pesquisa del delincuente. *No haré tal*, respondió el suavisimo monarca, *porque es natural que el que hurtó ese dinero tuviese mas necesidad de él que yo; pero tú ten cuidado en adelante de que no sean tan fáciles semejantes robos.* Nunca hubo príncipe mas universalmente estimado no solo de sus vasallos, sino tambien de los extranjeros, por lo que todos los soberanos solicitaban su amistad; de manera, que jamás se vió el reino de Inglaterra mas floreciente, ni nunca gozó de mas dulce paz que en tiempo de su reinado.

Fuera del abrasado amor que profesaba á Jesucristo, y de la ternura con que amaba á la santísima Virgen, tenia particular devocion con S. Juan Evangelista, uno de los principales protectores de la virginidad; y en virtud de esta devocion ofreció no negar nunca limosna á quien se la pidiese en nombre de aquel glorioso Santo. Apareciósele un dia él mismo en figura de un pobre que le pidió una caridad por amor de S. Juan Evangelista; no se hallaba á la sazón con dinero el piadoso rey; y sacando del dedo un anillo, se le dió al pobre. Pocos dias despues se apareció el santo apóstol á dos peregrinos ingleses, y los mandó que llevasen al rey aquel anillo, asegurándole de su parte que solo le faltaban seis meses de vida, y que al cabo de ellos él mismo vendria por él para llevarle á las bodas del Cordero. Recibió san Eduardo con visible gozo aquel favor insigne de su santo protector, y mandó que se hiciesen oraciones en todo su reino, doblando él las suyas, como tambien sus penitencias y todas las demás obras buenas que acostumbraba á ejercitar. Fueron aquellos seis meses una encendida renovacion de fervor y un continuado ejercicio de virtudes y obras de misericordia. En fin, habiendo llegado el dia pronosticado por el santo apóstol, que fué el 5 de enero del año 1066, despues de una corta enfermedad, habiendo recibido el santo rey los sacramentos, colmado de méritos entregó su inocente alma en manos de su Criador, entre el llanto general de toda Inglaterra, casi á los treinta y seis años de su edad, y en el veinte y tres de su reinado. Ningun príncipe fué jamás llorado, ni con mayor sinceridad, ni por mas largo tiempo; llanto tan amargo como justo, que solo le pudo enjugar el general concepto que se tenia de su santidad, y la confianza de los pueblos en su poderosa intercesion con el Señor, quien continuó en glorificar á su siervo con multitud numerosa de milagros. No contribuyó poco al aumento de su culto el que sucedió pocos años despues de su muerte en presencia del rey Guillermo

el Conquistador, primo del Santo, de Lanfranco, arzobispo de Conturbel, del clero y nobleza de Inglaterra. Obróle S. Eduardo en favor de un obispo que él mismo había presentado para el obispado, á quien sin razon querian deponer. Acudió el prelado á la proteccion del santo rey, y fijando su cruz sobre la losa de la sepultura del Santo, que era de mármol, se entró por ella como pudiera por el mas blando y tierno barro. Con esta ocasion hizo el rey Guillelmo que se encerrase el ataúd en una caja de oro y de plata; se elevó el santo cuerpo de la tierra treinta y seis años despues de su muerte, hallándose tan entero y tan fresco, con todos los miembros tan flexibles como si estuviera vivo, y con los vestidos tan nuevos como si se los acabaran de poner. Desde entonces comenzaron los ingleses á instar incesantemente á la Silla apostólica para que le declarase culto público, lo que lograron en fin, habiéndole canonizado solemnemente con todas las formalidades necesarias el papa Alejandro III el año de 1161 á instancias de Enrique II, rey de Inglaterra; y el papa Inocencio XI fijó su fiesta al dia 13 de octubre, en el cual se habia hallado entero su cuerpo exhalando una esquisita fragancia.

SAN FAUSTO Y COMPAÑEROS MÁRTIRES.

EL odio con que la ciega gentilidad miraba á la religion de Jesucristo, hizo que los paganos zelosos de sus necias supersticiones persiguiesen á los cristianos con la mayor crueldad. Distinguiéronse en esto muchos de sus príncipes, persuadidos que el mantener su religion era el fundamento de la subsistencia de su imperio. Poseídos de esta idea, no satisfechos con perseguirles de muerte en la capital de Roma, lo hacian en todas las provincias de sus dominios, para lo cual despachaban á todas ellas presidentes ó gobernadores de condicion brutal, con órden de distinguir si pudiesen el nombre cristiano. Cupo entre estos ministros crueles enviados á España, á la provincia de Andalucía un Eugenio mas verdugo que juez, encaprichado como el que mas en sostener á sangre y fuego la idolatria, quien luego que llegó á Córdoba hizo publicar los edictos acostumbrados, por los que se ordenaba á todos los cristianos sacrificar á los dioses romanos, so pena de padecer los mas crueles tormentos.

Hallábanse á la sazón en Córdoba Fausto, Januario y Marcial, á quienes varios escritores nacionales hacen hermanos, hijos de S. Marcelo centurion, ilustre mártir de Jesucristo, de cuya cuestion controvertida prescindimos por ser poco importante pa-

ra el mérito de sus gloriosos triunfos. Habiendo sido educados estos tres Santos en las infalibles verdades de la religion cristiana, no menos zelosos del culto del verdadero Dios, que Eugenio del de sus ídolos; condolidos de la tiranía con que trataba á los cristianos, y mucho mas sentidos de las injurias con que ofendia á la Majestad divina; encendidos en vivísimos deseos de padecer martirio, se presentaron al bárbaro presidente, y con el valor y generosidad propia de los esforzados militares de Jesucristo, le dijeron: *¿Qué es lo que haces, ó piensas, Eugenio? ¿por qué persigues á los siervos de Dios, en lugar de creer lo que ellos creen?* Sorprendido el tirano con esta resolucion, que graduó por la mayor osadía, les preguntó: *¿Quién sois vosotros, desventurados, que así os atreveis á hablar?*—Nosotros, respondió Fausto por todos, *somos cristianos de profesion, que reconocemos solo á un Dios verdadero por quien tuvieron ser todas las criaturas; á él adoramos y reverenciamos, pues vuestros falsos dioses no tienen otro ser que el que les dió el artífice humano, de cuyas manos salieron vanas estatuas de piedra, leño ó metal, sin que en ellos haya otra divinidad que la que vuestra ceguedad les atribuye; y con todo eso no os avergonzais de adorar á las hechuras de vuestras manos, dejando de hacerlo con el Criador de todas las cosas.*

Acalorado el gobernador al oír este razonamiento, dijo á los Santos: *¿Qué arresto ó desesperacion os trae á despeñaros á vuestra perdicion?*—*Tú eres el desesperado*, replicó Fausto; *pues teniendo en mal el nombre de cristianos, estás en estado de que estos te pregunten, qué negocio traes con los inocentes que en nada te han ofendido, reconociendo á Jesucristo por su Señor. Nos llamamos arrojados, pero nuestra confesion no es efecto de desesperacion. Y si es cierto de que alguna cosa desesperamos, es de tí mismo, pues estás abandonado de Dios hasta el punto de querer obligar á sus siervos á que renuncien de él.* Sintió Eugenio la generosa libertad con que le reprendió Fausto; y queriendo vengarse, mandó á los verdugos que lo pusieran en un potro para castigar con esquisitos tormentos la falta de respeto que tuvo á su autoridad. Entonces habló á Fausto Januario á presencia del mismo perseguidor en estos términos: *Tú padeces por todos nosotros, siendo así que no tienes otra culpa que la que todos hemos cometido; á lo que respondió aquel: Nosotros hemos estado siempre unidos sobre la tierra, creed que tambien lo estaremos en el cielo.* Oyendo Eugenio estos y otros razonamientos dirigidos á manifestar el ardiente deseo que todos tres tenian de padecer por amor del Señor, les dijo: *Sé muy bien que estais unidos en la*